Juan Manuel Silva
El Conde de Cuchicute

Bogotá, Altamir, 1991

Álvaro Pineda–Botero

José María Rueda Gómez, Conde de Cuchicute y Guanentá, nació en San Gil, Santander, en 1871, y murió asesinado por su mayordomo, en esa misma ciudad, en 1945. Personaje estrambótico o solemne, a veces genial, otras loco y homicida; escritor ilustrado, panfletista y poeta; hábil negociante y terrateniente; políglota y viajero, dejó recuerdos y generó consejas por todos los pueblos de Santander, y también en Boston, Nueva York, París, Madrid, Barcelona, Bruselas y Bogotá. Participó del bando liberal en la Guerra de los Mil Días, en la sangrienta toma de Bucaramanga, e intentó suicidarse en más de una ocasión. Desde muy joven perdió su ojo derecho y por el resto de su vida usó un extraño monóculo que siempre le dio un aire perturbador. Dijo pertenecer a la nobleza y desde cierto momento comenzó a usar el título de Conde. Algunos aseguran que tal título le fue concedido por el mismísimo Rey Alfonso XIII, por hechos heroicos favorables a la Corona.

El filósofo Juan Manuel Silva, también sangileño, acaba de publicar una extensa novela con el título *El Conde de Cuchicute* (Altamir Ediciones, Bogotá, 1991), en la cual narra la vida y milagros de José María Rueda. Para escribirla, Silva usó múltiples fuentes. En primer lugar, la tradición oral que aún circula por las provincias de San Gil y Guanentá y por los pueblos de la vertiente del Chicamocha. Muchos conocieron, admiraron o temieron al Conde y ahora ofrecen diversas versiones sobre su personalidad y los hechos de su vida. Silva consultó además documentos judiciales, parroquiales y privados, artículos y crónicas en periódicos de la época, cartas y diarios íntimos y los archivos del propio Rueda Gómez, llenos de poesías y textos afiebrados que Silva califica de "rococós".

La novela está compuesta de cinco partes, cada una con siete capítulos cortos, excepto la última que sólo tiene uno y que termina con dos puntos (:), como si el discurso apenas comenzase. El punto de vista cambia para presentar versiones a veces encontradas sobre los mismos hechos. Con frecuencia se abren digresiones para describir las vidas de otros personajes: Blasina Torres Mendieta, quien entra al servicio del Conde en calidad de secretaria y termina de administradora general y heredera única, gracias a un arrojo que no vacilamos en calificar de varonil. El abogado Roque Julio Moreno, quien fuera contratado por la familia del Conde para que lo defendiera en el juicio que se le seguía por asesinato y quien, según la novela, participó destacadamente en la guerra civil. Bernardo Quiñones, periodista de "aguda lengua", quien inició su brillante carrera gracias a los artículos que escribió sobre el personaje, y Mateo González quien en ciertos cafés bogotanos de la década de los años cuarenta, contribuye con sus discusiones y habladurías a extender la leyenda del Conde.

El impulso del autor va más allá de la anécdota o la leyenda costumbrista para dar cabida a un fondo social e histórico. Se describen a veces, con el recurso de la caricatura, las maneras autoritarias y patriarcales, la rebeldía de los jóvenes, las pretensiones de alcurnia de ciertas familias colombianas, las formas de tenencia de la tierra, los conflictos sociales, los usos lingüísticos, el paisaje de montañas y cañadas del tenebroso Chicamocha, los pueblos perdidos en la hoya del Magdalena y ciertos episodios de la guerra.

Para dar cabida a las varias versiones, y al inmenso material documental, la estructura es cambiante y el estilo rico. Hay ecos literarios de Alejandro Dumas y Cervantes. El Conde es fiel lector de estos autores y su influjo aparece no sólo en los textos que escribe, sino también en su propia existencia, por los rasgos imitativos de Don Quijote y del Conde de Montecristo que con frecuencia asume.

La novela de Silva no busca establecer la verdad con relación a la vida de Rueda Gómez. Más bien va recogiendo las contradicciones de los informantes y de los archivos para dar cuenta de las mil leyendas que tal vida ha generado. Ante nuestros ojos de lectores finales, la figura de José María Rueda fluctúa entre la admiración y el desprecio, entre la genialidad y la demencia. En ocasiones es un aristócrata de recia autoridad y nobles ideales; otras, un pobre avaro manejado por la habilidosa Blasina o víctima de la sagacidad de su hermano Tarsicio. Su vestimenta se describe como lujosa y refinada o ridícula, teatral y anacrónica. Algunos opinan que es onanista y fetichista y que colecciona ropa femenina usada. Circulan versiones sobre sus devaneos con prostitutas de la más baja estofa. Se habla de sus amistades en las cortes europeas y de sus coloquios con la infanta Eulalia en los jardines de El Retiro. Y los períodos de su vida que continúan en la oscuridad, son resquicios por donde se filtra la imaginación popular para completar un cuadro tragicómico a la medida de los intereses más diversos.

En otras palabras, cada versión sobre los hechos de la vida del Conde es una especie de condensación de las virtudes y defectos del hombre santandereano y en general del colombiano. Los vicios sexuales que se le imputan, sus maneras autoritarias, su machismo y su violencia, sus idealismos y posturas literarias, son en realidad reflejos de la identidad colectiva, que ha encontrado en la figura del Conde un espejo para engrandecerse, caricaturizarse y proyectarse. Cada conseja es la expresión de un sentir y de una visión de las cosas. La leyenda crece y al final nos encontramos, no con la descripción real de una vida, sino con los sentimientos y la visión de todo un pueblo, a través de varias generaciones. El Conde se nos pierde en el juego de las apariencias y nos queda la imagen agridulce de un trozo de nuestra historia.

El género novela, en Santander, ha tenido pocos cultivadores. Por eso damos la bienvenida a este joven escritor. Pedro Gómez Valderrama había contado en *La otra raya del tigre* la crónica santandereana del siglo XIX; Silva la completa con su visión del siglo XX.